

RESEÑA HISTORICA DE LA FUNDACION DEL MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES

Lisette Balmaceda

A fines del año 1875 llega desde Europa y después de largos 8 años de haber permanecido perfeccionando sus estudios de escultura, el escultor José Miguel Blanco, enviado por el Supremo Gobierno el año 1867; estudios que realizó en la Escuela Imperial de Bellas Artes en París, siendo premiado con primera, segunda y tercera recompensa.

En esta misma Escuela estudiaron el pintor Manuel Antonio Caro, el arquitecto don Manuel Aldunate y los escultores Plaza, Blanco, Arias y Tapia.

Al poco tiempo de su regreso nació en él una gran inquietud y que, a medida del tiempo, se concretaría en un hermoso Palacio de Bellas Artes.

Los primeros pasos para lograr la concreción de esta idea fue un proyecto titulado "PROYECTO DE UN MUSEO DE BELLAS ARTES", artículo que fue publicado en la página 236 de la Revista Chilena, en el año 1879, dirigida por los eminentes literatos señores Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana, quienes presentaron al público ese artículo mediante el siguiente párrafo:

Damos acogida, con placer, al interesante artículo del señor Blanco uno de los artistas más inspirados, Intelijentes é instruídos, con que se enorgullece el Nuevo Mundo. Creemos que su proyecto debe ser protegido por todos aquellos que se interesan por el engrandecimiento del país.

**El Arte es quizás la manifestación más bella y espléndida de la intelljen-
cia humana.**

Un pueblo como el nuestro, que día a día progresa más y más, debe tener artistas, y estímulo para los artistas.

Ojalá que se acepten las ideas del señor Blanco.

LOS DIRECTORES

El artículo es el siguiente:

“MUSEO DE BELLAS ARTES”

(Proyecto de uno, por Don José Miguel Blanco)

Cuando se habla de la riqueza nacional, dicen algunos con cierto desaliento, que Chile es un país pobre; que la naturaleza no ha derramado en él sus tesoros, con la misma prodigalidad que lo ha hecho en el resto de nuestro continente; que esta tierra, regada abundantemente, tanto por la sangre de sus hijos, como por la del conquistador, es estéril por demás, pero los que tal piensan y dicen, no reflexionan que esa esterilidad y esa misma pobreza de nuestro suelo, obligándonos a trabajar constantemente, nos colocará al nivel de las naciones más cultas de Europa, y por consiguiente, a una inmensa altura respecto de las que nos rodean.

El trabajo robustece el cuerpo, desarrolla la inteligencia, inunda el alma de alegría, y, tarde o temprano, lleva la abundancia y el bienestar al hogar del pobre laborioso. Si fuere verdad que nuestro país es tan pobre, como lo pintan algunos, no lo sentiríamos: nos felicitariamos de ella, porque la riqueza hereditaria, es, a nuestro juicio, verdadera pobreza, miseria. Obligados a vivir de nuestro trabajo, ya habríamos planteado muchas fábricas, muchas talleres, muchos establecimientos que necesitamos para elaborar en ellos los productos que cambiamos al extranjero, por el oro de nuestras minas o el trigo de nuestros campos. Verdad es que estamos a mayor altura intelectual que los países que nos rodean; pero esa ventaja no es tan grande como la creemos: exajeramos demasiado. Nuestra marcha nos parece más rápida de lo que en realidad es, gracias a que la de nuestros vecinos es tan lenta y pesada como la de la tortuga, y en ocasiones parece estacionaria.

Tenemos en abundancia elementos dispersos que la mano de un individuo laborioso e inteligente, reuniría sin mucha fatiga dándoles la forma o el conjunto a que por su naturaleza están llamados, y que prestaría gran servicio al país, justificando también nuestro decantado progreso. El ramo de las bellas artes, por ejemplo, nos ofrece abundante material para probar lo que dejamos dicho, es decir, nuestra inercia.

Desde nuestra emancipación de la metrópoli, época en que empezamos a cultivar libremente todos los ramos del saber humano, se ha podido notar que el pueblo chileno es un pueblo esencialmente artista. O'Higgins dibujaba y pintaba, con la misma facilidad que el maestro Santelices esculpía sus imágenes para nuestras iglesias; el señor Zéggers dibujaba con tanta maestría, que casi podemos decir, en presencia de sus obras, que aventajaba al malogrado Gana, muerto en la primavera de la vida.

Los maestros y fundadores de la Academia de Pintura, Escultura y Arquitectura, se complacían al reconocer en alumnos aptitudes artísticas desarrolladas en alto grado. Cierta día fuimos a visitar a Ernesto Charton, que, después de haber recorrido la América en toda su extensión, establecía definitivamente su taller en París; y acordándose de Chile, nos dijo con esa franca jovialidad, tan propia de su carácter francés:

Amigo, ¡qué país tan bello es Chile! ¡cuánto daría yo por volver a visitarlo! ¡qué cordillera! ¡qué vegetación! ¡qué aire tan puro! y ¡qué cielo tan diáfano! El bajo pueblo, su tipo, sus trajes, sus costumbres; esos rodeos, trillas, velorios, cuecas, procesiones, paseos al Campo de Marte, carreras en la cancha... Sacre n..... todo eso es encantador, es artístico es pintoresco por demás. No es extraño que el pueblo tenga tanta facilidad para aprender a dibujar: tuve discípulos que aprendían casi sin necesidad de mis lecciones. El día en que el gobierno establezca Museos, y haga enseñar dibujo en las escuelas públicas; el día en que los particulares empiecen a proteger a los artistas, ese día Chile vá a ser en América lo que és Italia en nuestra Europa, el país más artístico del continente.

Y decía la verdad Charton. De igual modo hemos oído espresarse a extranjeros inteligentes que han visitado nuestro país.

Los hombres de estado que contrataron en Europa a los primeros profesores de nuestras academias, debieron pensar como Charton y demás extranjeros, porque a mas de llamar al país a esos primeros artistas, los impusieron en su contrato, la obligación a cada uno de ellos, de hacer una obra en cada año, con el objeto de que éstas sirvieron de base para formar el primer Museo artístico en el país. Por desgracia, la obra iniciada por esos gobernantes, no ha sido continuada por los que les han sucedido en el poder. Esos hombres que desplegaron toda su actividad y toda su inteligencia en servicio de la Patria, comprendieron desde temprano, que un Museo de Bellas Artes, no es un establecimiento de lujo, para el país que esté llamado a vivir y a enriquecerse con el trabajo personal, particularmente en las fábricas industriales y en los talleres artísticos. Lo juzgaron, pues, no sólo necesario, sino también indispensable. La erudición adquirida en los libros o en los viajes, robustecía en ellos esa convicción.

Sabían que en el viejo continente, hasta la aldea más insignificante ostenta orgullosa su pequeño Museo, para que el viajero admire las obras de sus hijos mas esclarecidos, y sirva de estímulo a los que sienten arder en su pecho el noble deseo de honrar a la Patria.

Las 365 iglesias que hasta hace poco se contaban en Roma, no dan tanto brillo a la ciudad eterna, como su Museo Vaticano. París, Londres, Bruselas, Madrid y otras capitales, no tendrían tanta fama de cultas sin esos Museos que son el depósito de las obras que produce la intelijencia de sus nacionales.

Los que hemos tenido la suerte de visitar y estudiar en esos establecimientos las obras maestras que encierran; los que conocemos su utilidad y la influencia que ejercen, hasta en la moral y educación del pueblo, nos creemos con el deber de pedir a nuestro país, la instalación de un Museo que, como los de Europa, séa el santuario del Arte, la prueba de nuestro progreso, que podamos presentar a los extranjeros que nos visitan.

Esta empresa parecerá a muchos una obra de romanos, sobre todo si se atiende al estado de guerra en que está comprometida la República; pero quien tal piense, sufre una equivocación, como vamos a demostrarlo.

El gobierno posee una cantidad considerable de cuadros, estatuas, bustos y otros objetos artísticos que corren dispersos, sin que nadie haga caso de ellos para sarvarlos de una ruina completa.

De éstos hay algunos en la Universidad, en los altos de la Biblioteca, en el Palacio de la Exposición, en el Consejo Universitario; los hay también en la Intendencia de Valparaíso, en La Matriz de ese mismo puerto, en la Moneda, en el Congreso, y hasta en el Santa Lucía. Con un simple decreto del señor Ministro de Instrucción Pública, en que se autorizara a dos o tres personas de buena voluntad para reunir esas obras en los altos del Congreso, o en alguno de los edificios del fisco o del municipio, y en el término de treinta o cuarenta días, si no antes, todo estaría arreglado. La Exposición que se hizo en 1877, no pidió más tiempo. El gasto de peones para transportar esas obras, la compra de clavos para colgar los cuadros, y los cajones o pedestales para suspender convenientemente los bustos y estatuas, creemos que sería tan insignificante, que hasta los aficionados al arte se suscribirían para costearlo, sin que el Ministro desembolsara un solo peso. Pero, pasemos una lijera revista a las obras que poseemos, para que no se crea que exajeramos el número ni el mérito de ellas.

La principal de éstas, es un magnífico grupo en mármol que representa La Piedad, debido al cincel de Miguel Angel Buonarroti; obra que por sí

sola merecería un salón especial, un salón de honor. Nos parece difícil que alguien pueda imaginarse en Europa, que entre nosotros existe una escultura del gran Miguel Angel, y mucho menos que llegue a imaginar el que esa reliquia de arte haya sido arrojada al suelo, cubierta de polvo, en fragmentos, y en un cuarto viejo que amenaza desplomarse de un momento otro, y concluir de arruinar ese mármol, del cual se enorgullecería cualquier Galería Europea. Monseñor Eyzaguirre, que legó estas obras al Gobierno, nos contaba en Roma que ese grupo le había costado 40.000 francos en Bélgica. Debemos confesar que jamás dimos crédito a Monseñor: primero, porque estábamos convencidos de la imposibilidad o la rareza de encontrar quien quisiera vender un trabajo del Buonarroti, por tan bajo precio, y segundo, porque dudábamos de su autenticidad. Pero nuestra incredulidad cesó en presencia de la realidad, Monseñor Eyzaguirre acompañó tan valioso legado, con otras treinta y tantas obras de pintura y escultura, entre las que hay algunas de no escaso mérito; pero que no están más cuidadas que la ya citada de Miguel Angel.

No recordamos a punto fijo el número de cuadros que en cumplimiento a su contrato pintó para el Gobierno el señor Cicarelli; pero podemos asegurar que los que aún se conservan, están repartidos en diferentes partes. Los que pintó por igual contrato el señor Kirbach, están repartidos en diferentes partes, en el Museo de Historia Natural, y ahí mismo hay cuatro de los ocho o diez bustos de mármol, que esculpió nuestro profesor de escultura Mr. Francois...

El texto completo de este artículo fue reproducido en Noviembre de 1879, en la revista oficial titulada "Anales de la Universidad", y en Diciembre 15 de ese mismo año fue reproducido también en el Diario Oficial, dando muestras con ello de respaldar la idea lanzada por Miguel Blanco.

La última parte del artículo, transcrito en parte, hace además consideraciones sobre la forma en que sería posible reunir mayor número de obras y finalmente los valores nacionales e históricos.

Preparado así el terreno, el entonces Coronel, don Marcos Maturana, muy aficionado al arte, y a quien deben mucho las bellas artes en nuestro país, se entrevistó con el Ministro de Instrucción Pública, don Manuel García de la Huerta dando lectura al artículo del escultor Blanco y logrando con ello convencer al Ministro, el cual dictó el siguiente decreto:

SANTIAGO, julio 31 de 1880.- He acordado y decreto: Nómbrase una comisión compuesta del Coronel don Marcos Maturana, y de los profesores Giovanni Mochi y don José Miguel Blanco, para que organice el Museo

Nacional de Pinturas, que debe instalarse en los altos del Palacio del Congreso.

Dicha comisión procederá a formar un inventario de los cuadros y demás elementos que se pusieren a su disposición, debiendo quedar el cuidado de la oficina, a cargo del profesor don Giovanni Mochi.

Anótese y comuníquese.

(Firmados): PINTO.- M .García de la Huerta.

Desde ese momento se empezaron a reunir cuantas obras de arte pertenecían al Estado, dispersas en esa época en varios edificios públicos; incluso, los gastos consiguientes los hizo de su propio peculio el Coronel Maturana, quien se encontraba a la fecha con su salud quebrantada.

El escultor Blanco procedió a formar el catálogo de las primeras 140 obras de arte con que se formó el Museo. La organización de ése duró 47 días, es decir, 7 más de los que había calculado don José Miguel Blanco en su artículo.

Al término del cometido de la comisión, el Coronel Maturana dio cuenta al Gobierno, acompañando el catálogo mediante la nota que en su totalidad se transcribe:

Santiago, Septiembre 21 de 1880.

He recibido el oficio de Ud., de fecha 16 del actual, en el que comunica Ud. a este Ministerio que en unión del profesor don Giovanni Mochi y del escultor don José Miguel Blanco, ha procedido a formar el Museo Nacional de Pintura, en los altos del Palacio del Congreso, remitiendo al mismo tiempo el Catálogo de los cuadros y esculturas que componen dicho Establecimiento, y agregando una lista de los cuadros de que Ud. se ha servido hacerle donación.

El Ministerio de mi cargo se ve en el caso de expresar a Ud., muy especialmente, y a los señores Mochi y Blanco, su sincero agradecimiento por la forma tan activa como patriótica con que Uds. han desempeñado la comisión que les fue conferida por decreto de 31 de Julio próximo pasado. Dios guarde a Ud.,

(Firmado): M. García de la Huerta

Al General don Marcos Maturana.

El 18 de Septiembre de 1880 fue inaugurado en los altos del Palacio del Congreso Nacional el Museo de Bellas Artes, con la presencia del entonces Presidente de la República, don Aníbal Pinto, y su Ministro de Instrucción, don Manuel García de la Huerta, acto que figuró en el programa de celebración de las festividades patrias de ese año.

El primer director fue el profesor don Giovanni Mochi.

El Museo de Bellas Artes estuvo en los altos del Palacio del Congreso Nacional hasta el año 1887, año en que fue trasladado a la Quinta Normal de Agricultura, al edificio que se construyó para Exposiciones Anuales de Bellas Artes, en el año 1885. Este edificio, construido en terrenos fiscales, fue adquirido por el Gobierno a petición de la Sociedad Unión Artística, sociedad fundada por don Pedro Lira que se encargó de su construcción.

El primer Conservador fue don Enrique Lynch, nombrado el año 1897, época en que el Museo funcionaba aún en la Quinta Normal.

Posteriormente, por Decreto Nº 5.497, de fecha 20 de Noviembre de 1903 del Ministerio de Instrucción Pública, se creó una Comisión Permanente de Bellas Artes. Esta Comisión estaría presidida según se desprende de su texto, por el Ministro de Instrucción Pública "i de dieziseis miembros nombrados por el Presidente de la República", como expresa en forma textual dicho documento. Los miembros de esa comisión eran por un período de tres años. En cuanto a su labor era muy amplia en el asesoramiento técnico y administrativo de los museos.

Este Decreto lleva la firma del señor Riesco y don Francisco J. Concha.

Anteriormente, el 11 de Abril de 1887, se había nombrado una Comisión Directiva, para cuidar el Museo, compuesta por los señores Marcial González, Eusebio Lillo, Juan Antonio González, Manuel Renjifo, Marcos Maturana, Arturo Edwards, Luis Dávila Larraín, Pedro Lira y Fanor Velasco.

En el mes de Mayo de 1901 se celebró un concurso de arquitectos, organizado por don Ramón Subercaseaux y don Alberto Mackenna, patrocinado por el Ministro don Joaquín Villarino.

El jurado para dictaminar los planos presentados estuvo compuesto por don Rafael Errázuriz U., don Ramón Subercaseaux y el director de Arquitectura de esa época.

Se presentaron dos proyectos: el del arquitecto señor Emilio Jequier y el del señor Alberto Cruz Montt, obteniendo la dirección de la obra don Emilio Jequier.

El primer presupuesto para la ejecución no era más allá de \$ 1.000.000.— Cantidad muy exigua para concretar la ejecución de este proyecto.

El terreno que ocupa actualmente el Museo fue una parte de los que quedaron a raíz de la canalización del río Mapocho, el año 1902, “lugar que en esa época era un **cachureo** en el cual se confundían los perros vagos, los puercos en busca de desperdicios...” reza textualmente una carta de don Alberto Mackenna, fechada el 4 de Octubre de 1950.

Los planos del Parque Forestal, que rodea actualmente al Museo de Bellas Artes, son del jardinero paisajista Dubois, de la Escuela de Versalles.

Muchos políticos de la época no estuvieron de acuerdo con el proyecto de construir este enorme edificio, aduciendo en forma reiterada que no había obras de arte, y que bastaba el pabellón de la Quinta Normal.

Ante estos obstáculos, el ingeniero señor Jequier, previo acuerdo rebajó el costo para no alarmar a los políticos.

El primer terreno que se tuvo para construir el futuro Museo era el viejo Cuartel de Ingenieros, ubicado al pie del Santa Lucía.

Con este fin, se nombró una comisión compuesta por Virginio Arias, Domingo Amunátegui y Alberto Mackenna, para hacerse cargo de algunas construcciones que habían allí.

En Mayo de 1902, el Alcalde de la época, don Agustín Gómez García, decretó una “alcaldada”, rodeando el sitio con más de doscientos obreros municipales con picotas y chuzos, quienes rápidamente demolieron el edificio y prepararon el terreno para un jardín.

Ante esta situación, la Comisión citada se hizo presente el mismo día a protestar por este atropello ante el Presidente de la República, don Ramón Barros Luco, quien ordenó al Intendente de Santiago, don Enrique Cousiño, la búsqueda del actual lugar en que se encuentra el Museo.

Hubo muchas dificultades para construir; paso a paso, los decretos desfilaron uno tras otro, creando ítems para continuar su construcción, incluso hubo un año en que no se contempló en el presupuesto de la Nación dineros para continuar. Nueve largos años duró esta lucha, llena de tropiezos, dificultades y peripecias.

Un año entero estuvo detenido el trabajo, porque por un error de la Dirección de Obras Públicas se encargó a Europa el techo de la Estación Mapocho en vez del Museo.

Finalmente el 18 de Septiembre de 1910 fue inaugurado, como parte de las celebraciones patrias, el actual Palacio de Bellas Artes.

Junto con la inauguración se efectuó la Exposición Internacional o Exposición del Centenario, asistiendo en tal ocasión todas las autoridades y delegaciones extranjeras.

Nuestro Palacio de Bellas Artes se vistió de gran cantidad de obras artísticas, venidas desde remotas tierras y desde patrias hermanas, y vistiendo sus propias ropas culturales nacionales.

Esta exposición duró hasta el mes de Diciembre de ese mismo año. Algunas obras fueron adquiridas por el Gobierno y aún permanecen; otras ya surcaron mares, de vuelta a sus lugares de origen.

Los años no se han ido en vano; podemos decir con orgullo que aquellos que tuvieron la idea, y los otros que ayudaron a concretarla de una u otra manera, no se sentirían arrepentidos de su obra.

Hoy día el Museo Nacional de Bellas Artes posee aproximadamente 5.000 obras entre pinturas, esculturas, grabados, dibujos y artes decorativas.

A través de sus años, exactamente 96 que cumple, han ido desfilando en forma ininterrumpida seres que se han entregado con verdadero amor, sacrificio y abnegación, muchas veces incomprendidos; pero, con un ideal que trasciende al tiempo, ellos muchas veces dejando momentos gratos en familia, han estado frente a este Museo Nacional de Bellas Artes y no podríamos dejar de mencionarlos:

JUAN MOCHI (1880-1887)
ENRIQUE LYNCH (1887-1918)
J. DIAZ GARCES (1919-1921)
PEDRO PRADO (1921-1923)
LUIS COUSIÑO (1923-1929)
CARLOS ISAMITT (1927-1928)
CAMILO MORI (1928-1929)
LAUTARO GARCIA (1929)
PABLO VIDOR (1930-1932)
ALBERTO MACKENNA (1933-1939)
JULIO ORTIZ DE ZARATE (1939-1946)
LUIS VARGAS ROSAS (1946-1970)
NEMESIO ANTUNEZ (1970-1973)

LILY GARAFULIC Y. Desde 1973 actual Conservadora del Museo Nacional de Bellas Artes.

NOTA: Los datos contenidos en este trabajo han sido extraídos, y algunos copiados textualmente, de documentos existentes en los archivos del Museo.